

## A Joaquín Benítez

Cuando una persona muere desaparece su cuerpo, pero la esencia de su ser sigue viviendo mientras haya alguien que la recuerde. Joaquín Benítez Bravo desapareció físicamente hace 36 años, pero sigue viviendo entre nosotros, porque él está presente en la memoria de los que le conocimos y también en la de aquellos que después lo han conocido a través de sus poesías.

Mi aportación en este recordatorio colectivo va a ser una carta. Carta que le dirijo personalmente, pues yo sé que él está aquí ahora, y está presenciando todo lo que estamos haciendo.

### Amigo Joaquín:

Te escribo estas líneas porque te fuiste demasiado pronto, apenas cuando nuestra amistad empezaba a fraguar, apenas cuando yo dejaba atrás la adolescencia y comenzaba la vida de adulto, donde nuestra afinidad podría haber sido más fructífera.

Te conocí por primera vez en mi edad de la inocencia, cuando era un niño pelado casi al cero, con “mininis” y remolino en ellos, ojos abiertos y redondos que lo escudriñaban todo, inquieto, con botas de “material”, como llamábamos antes a la piel, calzón corto de pana y camisa de algodón a rayas con sus correspondientes codos, puños y cuello zurcidos.

La familia de mi abuela Isabel vivía, de alquiler, en tu casa. Tal como se salía al corral, a la izquierda de la puerta, había una pequeña dependencia que servía de cocina, con un poyo donde había dos anafes de carbón, uno para cada vecino, unas espeteras, dos “sangajeantes” cajones para los cubiertos, un par de lebrillos para fregar, un cubo de chapa galvanizada para ir a por agua de la fuente de Santa María y poco más. Eran tiempos de escasez. Junto a esta dependencia había otra de reducidas dimensiones donde tú tenías puesta la banquilla. Era tu lugar de trabajo. Allí fue donde te vi por primera vez. Entré con mi abuela para ver si me podías poner unos saetines y unas tachuelas a mi maltrecha bota derecha y así tirar, al menos, un mes más. Estabas sentado en la banquilla, con todo el atrezzo de zapatero a tu alrededor. Me fijé en tus manos. Eran grandes y con las manijas puestas, de donde salían unos dedos gordos y cuarteados, quizás de tanto liar cabos con aquel cerote pegajoso o del mucho tirar de ellos. En el pelo, bastante abundante, ya te aparecían canas y por tu frente salían unas minúsculas gotas de sudor. Estabas echando unas medias suelas, según le dijiste a ella.

Sentado frente a ti, en una desvencijada silla de enea esperaba, paciente y en silencio, que la bota estuviera lista para volver a la calle y seguir pateándola. Entonces llamaste mi atención y me preguntaste:

- *¿Tú vas a la escuela?*
- *Si*, contesté con una voz entrecortada.
- *Y tú sabes quien era Quevedo* – me interrogaste nuevamente
- *No*, -volví a contestar tímidamente.

Entonces te giraste hacia atrás y cogiste un pequeño libro, que junto a otros, había encima de una mesita cubierta por una especie de enaguillas.

- *Quevedo ha sido el más grande poeta que ha dado la historia, -aseveraste con voz firme-. Como él no ha habido otro. Ni el mismísimo Cervantes lo igualaba en poesía. Y para que veas que es cierto lo que digo, te voy a leer ésta, a ver si te gusta.*
- 

Y abriendo el librito por una página, que ahora creo tenías marcada, comenzaste a recitar:

*Érase un hombre a una nariz pegado,  
érase una nariz superlativa,  
érase una nariz sayón y escriba,  
érase un pez espada muy barbado.*

Yo me quedé atónito, confuso y perplejo. No comprendía cómo un hombre podía estar pegado a una nariz. Y qué sería eso de una nariz superlativa. Mientras intentaba salir de aquel torbellino de palabras desconocidas, tú seguías la retahíla de versos hasta llegar al último.

- **Qué... ¿te ha gustado?** -Me preguntaste nuevamente.

- **Sí**, respondí todavía medio atribulado, pues me quedé en superlativa y del resto apenas nada entendí.

Justo para salvarme de tan embarazosa situación apareció mi abuela, con dos vasitos de café negro, porque para leche no había. Qué digo café, aquello era una infusión de unos cuantos granos de este manjar y un puñado de cebada tostada, de esa que tu vecino Francisco Castillo horneaba en aquel bidón renegro de tantos años de vueltas y vueltas sobre las llamas de una pequeña candela de tablas. y que tan agradable olor esparcía por toda la calle Fuente, como así llamábamos a este lugar donde ahora estamos. Desde aquel primer encuentro, me llamabas Antoñín, como me llamaba mi familia.

Ya salido de mili, me dí cuenta que eras ferviente admirador de Quevedo y que esa primera poesía que me leíste, era una de las pertenecientes a la guerra particular que éste libraba contra Góngora. También me percaté que incluso había cosas en ti que se parecían al de Madrid, tu ídolo literario. Usabas unas gafas similares a las tuyas, redondas, de pasta, partidas y unidas con un esparadrupo por la parte que apoya en la nariz. Te gustaba, como a él, la tertulia en tabernas, donde aprovechabas para recitar algo del maestro o bien para dar a conocer alguna tuya. Tengo todavía fresca en la memoria una escena en el bar “Casa América”, frente a su dueño y a aquel añejo mostrador de madera que tanto vino había empapado, dijiste:

- **José, llena esto que voy a recitarle a Antoñín una poesía “pa que se entere lo que es bueno”.**

Y comenzaste *El lobo en su soledad*:

***La noche se venía encima,  
el sol se iba poniendo,  
y unas nubes tormentosas  
se veían a lo lejos  
desprendiendo de sus vientres  
grandes serpientes ardiendo.***

Y seguías verso tras verso, igual que cuando era niño, pero ahora yo sentía escalofríos, el bello corporal se me erizaba y la emoción me anudaba la garganta. Jamás he visto y oído a una persona recitar con la pasión y la fuerza como lo hiciste en aquella poesía. Porque tú dejabas de ser hombre y te transformabas en ese ser cuya defensa abogabas, gesticulando, mirando de reojo, enseñando los dientes, encorvándote y hasta los ojos se te enrojecían defendiendo la vida y la especie de ese animal, en que por unos momentos te habías convertido ¡Simplemente magistral! Joaquín, ¡Inolvidable!

Y nada más, podría seguir contándote más cosas de mi experiencia con tu persona, pero debo dejar paso a otros y no alargarme demasiado. Siento que no pudiéramos profundizar más en nuestra amistad porque la parca te llevó pronto, y cortara una vida tan carismática, tan afable y tan especial.

Un abrazo y hasta siempre, Joaquín.

Antonio Pérez™  
En su recordatorio, el día 15 de agosto de 2012  
En la plaza de la fuente de Sta. María